

Francesco Cocco

Una mirada que transforma

Itinerarios bíblicos



Desclée De Brouwe

Francesco Cocco

UNA MIRADA QUE TRANSFORMA
Itinerarios bíblicos

DESLÉE DE BROUWER
BILBAO

© Francesco Cocco, 2025

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S. A., 2025

Henao, 6 – 48009 Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3289-8

Depósito Legal: BI-1708-2024

Impresión: Grafo S. A. - Basauri

ÍNDICE

Introducción	9
--------------------	---

Primera Parte:

Y vio Dios que era bueno.

Una mirada que crea y hace nuevas todas las cosas
(Antiguo Testamento)

I. La mirada de Dios ilumina la creación (Gn 1-3)	15
II. La mirada de Dios en la vida de Oseas (Os 1-3).....	31
III. La mirada de Dios en la vida de Jeremías (Jer 20,7-18).....	49
IV. La mirada de Dios en la vida de Jonás (Jon 3-4).....	61

Segunda Parte:

La sonrisa de Dios en los ojos de Jesús
(Nuevo Testamento)

V. Las miradas que cambiaron la vida de Pedro (Jn 1,35-42; Lc 22,54-62).....	73
---	----

VI. La mirada que no cambió la vida del “Joven rico” (Mc 10,17-27).....	81
VII. La mirada de Jesús sobre el padre del niño epiléptico (Mc 9,14-27)	89
VIII. La mirada que cambió la vida de la adúltera (Jn 8,1-11).....	97
IX. La mirada transformadora de la hemorroisa y la hija de Jairo (Mc 5,21-43).....	103
X. La mirada que cambió la vida de María Magdalena (Jn 20,1-18).....	113
Conclusión.....	123

INTRODUCCIÓN

*Me has robado el corazón,
hermana mía, esposa;
me has robado el corazón
con una sola mirada tuya
(Ct 4,9)*

*Cuando tú me mirabas,
tu gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían
(Juan de la Cruz, Cántico espiritual, 23)*

Hay pocas cosas en la vida que pueden llegar a ser tan transformadoras, profundas y penetrantes como la mirada de un ser amado. En el brillo de sus ojos, encontramos un universo de emociones y pensamientos que nos impulsan a explorar más allá de lo superficial.

La mirada del ser querido, cargada como es de afecto y comprensión, tiene el poder de cambiar nuestra percepción del mundo. Nos hace sentir vistos y comprendidos en nuestra esencia más pura, generando una conexión que trasciende las palabras. Cada vez que nos sumergimos en esos ojos, es como si descubriéramos

una nueva faceta de nuestra propia alma, reflejada en la profundidad de su mirar. La mirada de un ser amado es un recordatorio constante de que no estamos solos en este viaje llamado vida; es una fuente de fuerza y consuelo, un faro que ilumina los rincones más oscuros de nuestro ser, transformándonos en personas más completas y auténticas.

En el corazón palpitante de la historia humana hay un hilo de oro que atraviesa los siglos, una preciosa trama tejida por la mirada de Dios; una mirada que crea, llama, redime. Este libro se abre como una ventana a lo eterno y trascendente, invitando al lector a contemplar el poder y la profundidad de esta mirada divina que reverbera en las Sagradas Escrituras, transformando todo lo que encuentra a su paso. Las páginas que siguen pretenden ofrecer al lector una peregrinación ideal a través de las narraciones bíblicas, un viaje que sigue la mirada de Dios como una estrella guía, iluminando las profundidades del alma y del cosmos.

En la primera parte de nuestro viaje nos adentraremos en la escucha y la contemplación de los relatos del Antiguo Testamento. Aquí la mirada de Dios no es sólo un acto de visión, sino un poderoso acto creativo, una fuerza que ordena, separa y define, transformando el vacío en plenitud, el silencio en canto, la soledad en comunión. Cada historia, desde las de la creación recogidas en el libro del Génesis hasta las vidas de profetas como Oseas, Jeremías y Jonás, es un tejido de acontecimientos y palabras que nos habla de un Dios que no se limita a observar desde arriba, sino que entra en diálogo con su creación. Un Dios que ve y reconoce, que siente el dolor y la alegría, que castiga y perdona.

Continuando nuestro viaje, la segunda parte nos llevará al corazón del Nuevo Testamento, donde la mirada de Dios se encarna en los ojos de Jesús de Nazaret. En esta sección nos enfrentaremos al misterio de la Encarnación, con un Dios que elige mirar el mundo con ojos humanos; tocar la tierra con manos humanas; llorar, reír, sufrir y alegrarse con un corazón humano. Las historias de Pedro, del joven rico, el niño epiléptico, la adúltera, la hemorroísa y la hija de Jairo, así como la de María Magdalena, son piezas de un mosai-

co que revelan el misterio del encuentro entre la mirada de Dios reflejada en los ojos de Jesús y el corazón del hombre.

Todas son historias de miradas que se cruzan y de vidas que cambian misteriosamente de rumbo. En estos encuentros, la mirada de Jesús se revela como un espejo en el que se refleja el amor incondicional de Dios: una mirada que invita a la conversión y que interpela, eleva y sana.

A través de las páginas bíblicas, el lector es invitado a contemplar incluso su propia realidad con ojos nuevos, a redescubrir la sacralidad de la existencia reconociendo la mirada de Dios que busca, ve y ama al hombre en cada fragmento de la creación. Es una invitación a dejar que esta mirada penetre en lo más profundo y transforme a los que la acogen, de espectadores pasivos, en participantes activos en un diálogo eterno con lo divino. En este diálogo se participa no sólo con la mente, sino con todo el ser, con la capacidad de amar y esperar, de sufrir y alegrarse.

El anhelo es que, a través de la lectura de este libro, cada uno pueda encontrar la fuerza para mirar dentro y más allá de uno mismo, viendo el mundo y la vida a través de la mirada de Dios. Una mirada que nunca descansa, que siempre está buscando y siempre está esperando; una mirada siempre dispuesta a transformar la realidad en una manifestación del amor infinito de Dios.

En esta mirada, en este encuentro eterno y amoroso, el hombre puede encontrar verdaderamente la auténtica esencia de su existencia y el sentido último de su constante búsqueda. Como lo decía san Agustín: *Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.*

¡Buen viaje!

Primera Parte

Y vio Dios que era bueno.

Una mirada que crea y hace nuevas todas las cosas

(Antiguo Testamento)

I

LA MIRADA DE DIOS ILUMINA LA CREACIÓN

(Gn 1-3)

Al introducir el comentario del pasaje bíblico que abre nuestro camino de reflexión sobre la mirada de Dios en la vida del hombre, quisiera partir de una afirmación que considero fundamental para comprender bien el mensaje que se esconde tras las líneas del texto bíblico que vamos a explorar. Si quisiéramos atrevernos a describir la esencia del hombre, podríamos afirmar simplemente que *el hombre es relación*, en el sentido de que es un ser intrínsecamente relacional, una criatura llamada de forma constitutiva a abrirse a la alteridad.

Esta verdad hunde sus raíces en otra realidad fundamental relacionada con ella, a saber, el hecho de que *Dios es relación* y, como tal, quiso y quiere revelarse al hombre. Los tres personajes del famoso y bello icono de la Trinidad de Rublev recuerdan plásticamente –y, al mismo tiempo, aluden místicamente– a la relación y comunión que une a las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esa relación perfecta y misteriosa que estaba en Dios desde el principio, Dios mismo quiso transmitirla al hombre, llamándolo a la existencia y haciendo de él un *tú* con el que relacionarse. Esta es la razón por la que, al iniciar nuestro itinerario ideal, me propongo partir de las primeras páginas de la Biblia, tratando de leer su contenido en clave relacional. Así podremos ver cómo la idea de *alteridad* – es decir, la idea de un *tú* que no se opone, sino que se refleja y se relaciona con un *yo* – no es simplemente

reducible a una de las muchas características de la relación entre Dios y el hombre: más bien, resulta ser su característica fundamental.

El primer relato de la creación

Empecemos, pues, por el principio de esta historia. Hasta el lector bíblico menos preparado sabe perfectamente que los dos primeros capítulos del libro del Génesis presentan dos relatos de la creación. No es infrecuente que ante este fenómeno uno se pregunte: ¿cómo es posible que coexistan en un mismo libro (e incluso sin solución de continuidad entre ellos) dos relatos tan similares? ¿Qué necesidad había de escribir más o menos lo mismo dos veces? En realidad, como revela una lectura un poco más atenta, no se trata de una mera repetición, sino más bien de dos visiones distintas del mismo acontecimiento, dos declinaciones distintas de la misma reflexión que el hombre hace sobre un hecho dado, a saber: que al principio de todo hay una voluntad de amor por parte de Dios, una voluntad de encuentro.

A lo largo de los siglos, muchos teólogos se han preguntado si era necesario o no que Dios creara a alguien a quien amar. Sin entrar en el fondo de estas reflexiones que, aunque importantes, van más allá de nuestra intención principal de profundizar en el mensaje del texto, leyendo las primeras páginas de la Biblia podríamos afirmar con certeza que Dios –sin renunciar a su perfección y omnipotencia– decide crear al hombre para tener un *tú* con quien relacionarse. Él, que en la Trinidad es la plenitud de la relación, decide transmitir, transferir esta relación también al hombre. Y por eso las dos primeras páginas del Génesis (Gn 1-2) nos ofrecen dos visiones que representan dos resonancias distintas del mismo acontecimiento, es decir, del hecho de que Dios quiso comunicarse a sí mismo, compartiendo con el hombre el amor que conforma toda relación.

El primer relato de la creación (Gn 1,1-2,4a) está contenido en una narración muy ordenada, articulada y pautaada en siete días

durante los cuales Dios, con su obra creadora, prepara las condiciones para la vida en la tierra (Gn 1,2-19) y luego comienza a situar en ella a los seres vivos (Gn 1,20-31). Varios rasgos estilísticos llevan al lector a captar plenamente el mensaje contenido en el texto: me refiero en primer lugar a tres series de estribillos, que recorren el pasaje dando una notable armonía a la organización del conjunto.

El primer estribillo es evidente en lo que podemos definir como la escansión temporal del pasaje: la estructura fundamental viene dada por la semana, ya que Dios crea el universo en seis días y cesa su obra creadora en el séptimo. El ritmo de esta obra creadora está modulado por la repetición de la frase: *Pasó una tarde, pasó una mañana: el día ...*, que viene a sellar cada una de las etapas de la creación (cf. Gn 1,5.8.13.19.23.31).

De nuevo, un estribillo aparece siete veces en nuestro texto: *Y vio Dios que era bueno* (cf. Gn 1,4.10.12.18.21.25.31). También hay un tercer elemento que se repite siete veces: *y así fue* (cf. Gn 1,3 [aunque con una ligera variante: *y la luz existió*] 1,7.8.11.15.24.30).

Este elemento repetido va como pautando el primer relato de la creación: es la mirada positiva de Dios sobre la obra que brota de sus manos, condensada en el adjetivo “bueno” (*tōb*) que Dios mismo aplica a cada uno de los pasajes fundamentales de la creación. Vuelve idénticamente en Gn 1,4.10.12.18.21.25, mientras que en el v. 31 aparece reforzado por la adición del superlativo (... *y era muy bueno, tōb m'ōd*), para saludar en la creación del hombre la culminación y conclusión de toda la creación. Esta última y solemne recurrencia parece indicar la idea de lo perfectamente realizado: de hecho, no se trata tanto de un juicio estético como de un reconocimiento por parte de Dios de que lo creado corresponde plenamente a su intención.

Hay otro elemento fundamental a tener en cuenta: en la creación que brota directamente de la voluntad divina, no hay rastro de mal, porque todo lo que tiene su origen en Dios es totalmente bueno. El mal, como veremos, conocerá otros orígenes.